

UNIVERSIDAD TEOLOGICA DEL CARIBE

REFLEXIÓN

CAPÍTULO 3 DEL LIBRO:

COMUNIÓN Y COMUNIDAD: INTRODUCCIÓN A LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

PROFA. WALESKA VEGA JIMÉNEZ

CURSO: EM-300

ESPIRITUALIDAD CONTEMPORÁNEA

POR

JACQUELYN TORRES SANTOS

SAINT JUST, PUERTO RICO

6 DE FEBRERO DE 2025

REFLEXIÓN

Reflexionaremos en la lectura del capítulo 3: *Jesús, Constructor de Comunidad*; correspondiente a la obra escrita por: Cassese, Giacomo. *Comunión y Comunidad: Introducción a la Espiritualidad*.

El modelo creado por Dios desde el Antiguo Testamento ha sido uno basado en la vivencia como un pueblo y parte de una comunidad. El mensaje de vivir en el Espíritu, en amor, unidad y servir a otros estimándoles superiores a nosotros mismos. Dejando a un lado los deseos egoístas que se centran solo en buscar el bienestar propio sin pensar en la necesidad de los demás. La autora nos muestra que como cristianos no podemos tolerar el sistema del mundo, siendo este uno que fragmenta y deshumaniza. En Cristo somos una nueva creación, esa que debe practicar la justicia, el amor, la igualdad, el respeto, la dignidad del ser humano.

Cuando miramos a través de las Escrituras y según la lectura realizada podemos ver que fue necesario llegar a Cristo para que todo cambiara. El pueblo de Dios comienza a corromperse y a cambiar el sentido a lo que Dios había establecido con un propósito. Dios como Rey, se establece como un gobierno justo sobre su pueblo. Todo lo que tenían lo debían tener en común, al igual que estableció el amor al prójimo a través del cumplir con sus mandamientos, buscaba la obediencia de un pueblo que fuera leal a Él.

Al llegar la “edad de oro” surgen unos cambios. Llega David como rey y establece un gobierno similar al de los cananeos. Aunque el pueblo no pagaba tributos, sí, se les impone a los pueblos que conquistaba. Vemos una monarquía, dando forma a su plataforma política y militar, al mismo tiempo religiosa. Lejos de lo que Dios había establecido.

Ante la llegada ahora de Salomón como Rey, se toma la profecía de Natán para construir un templo lujoso, lo cual legitimó la opresión sobre el pueblo. Ahora el pueblo debía pagar impuestos, los pobres sostenían al gobierno. Una plataforma de gobierno opresor, donde no había igualdad ya que se construyó mediante el abuso. Si miramos la actualidad vemos como este sistema sigue siendo la plataforma de los gobiernos actuales. Oprimen al pueblo trabajador,

mientras que son las grandes compañías y aquellos en el poder los que se lucran. Una nación que al igual que el pueblo de Dios en tiempos bíblicos, empobrece y se le son puestas cargas tributarias que no compensan con el salario recibido.

Se le comienza a dar un significado contrario al templo, donde el interés viene a ser uno económico y se excluye a los gentiles. Para el profeta Isaías, el verdadero culto consiste en volverse a los demás en actitud de servicio para trabajar por el bienestar del otro. La injusticia socio-económica y política se repetía.

Oigan esto, los que pisotean a los necesitados y exterminan a los pobres de la tierra. Ustedes dicen: «¿Cuándo pasará la fiesta de luna nueva para que podamos vender grano o el día de reposo para que pongamos a la venta el trigo?». Ustedes buscan achicar la medida y aumentar el precio, falsear las balanzas y vender los deshechos del grano, comprar al desvalido por dinero y al necesitado, por un par de sandalias. El Señor ha jurado por el orgullo de Jacob: «Jamás olvidaré nada de lo que han hecho. (Am.8:4-7)

Cuando se cree en Dios esto debe provocar en nosotros el reflejar su carácter. A diferencia del sistema opresor, de desigualdad, falta de amor y la falta del valor a la vida del ser humano creado por Dios. De forma contraria a este sistema, debemos reflejar el respeto, el amor; hacia todo lo creado, hacia nosotros mismos y hacia los demás. Podemos añadir cuando el libro de Rut y de Jonás, en una época donde se hace exclusión de los extranjeros. Aquí se nos muestra a un Dios, que ayuda, recibe, utiliza y tiene misericordia con todos aquellos que le son fieles. Un Dios que no excluye. No importa la raza, la nacionalidad, el idioma; nuestro Dios es uno que une. Jesús dijo:

La gloria que me diste, esta misma la he compartido con mis seguidores, con el propósito de que ellos estén unidos como nosotros siempre estamos unidos. Yo estoy unido a ellos, y Tú estás muy unido a mí, y esto da como resultado una unidad perfecta, con el objetivo de que el mundo conozca que Tú me enviaste y que los amaste sacrificialmente, al igual que a mí. (Juan17:22-23)

Jesús llega a dignificar al ser humano, dar valor a los pobres y necesitados. «Ya no importa si son judíos o no, si son esclavos o libres, o si son hombres o mujeres si están unidos a Jesucristo, todos son iguales» (Gál.3:28). Llega Jesús a establecer el Reino de Dios en la Tierra; la justicia, el amor la misericordia, la unidad. Ahora a través de Cristo y del Espíritu Santo nos hacemos parte de esa nueva creación. La muerte de Jesús hace que se rasgue el velo del templo, dándose a sí mismo como sacrificio de una vez y para siempre. Ahora Cristo, el nuevo templo, el

cual no excluye ni rechaza a los pobres, se convierte en nuestra paz. El que nos une como un solo cuerpo en Él. Donde todos tenemos acceso y la esperanza de un cielo nuevo y una tierra nueva.

Después de esto, vi aparecer una gran multitud de personas provenientes de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan numerosa que nadie podía contarla. Estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de ropa blanca y sosteniendo ramas de palmas en sus manos. Proclamaban a gran voz: “¡La salvación viene de nuestro Dios que está sentado en el trono y del Cordero!”. (Apoc.7:9-10).

Finalmente, fuimos creados a imagen y semejanza de Dios para vivir en comunidad. Nuestro ejemplo; un Dios Trino. La sociedad en que vivimos nos enseña a vivir buscando el bienestar propio, a ser egoístas a pensar primero en mí. Nosotros hemos sido llamados a través del mensaje de la cruz de Cristo, para ser un pueblo diferente. Negándonos a nosotros mismos para seguirle, modelando su ejemplo de amor, de justicia y de paz. El cristiano que ha sido transformado ha dejado atrás su viejo hombre, convirtiéndose en una nueva criatura. Así que, al igual que nuestro Señor somos llamados a servir a nuestro prójimo. Y aún más, cada uno debe amar a su prójimo como se ama a sí mismo. Esa es la verdadera vida y espiritualidad cristiana, una que se refleja en nuestra manera de comportarnos dentro del sistema que domina en el mundo. Tenemos un llamado a ser luz y sal de esta tierra.

Bibliografía

Cassese, Giacomo. *Comunión y Comunidad: Introducción a la Espiritualidad*. Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 2004.